

Anuncio de alto el fuego del Ejército Republicano Irlandés (31 de agosto de 1994)

Al reconocer las posibilidades de la situación actual, y con el fin de potenciar el proceso democrático y subrayar nuestro definitivo compromiso con su éxito, la jefatura del IRA ha decidido que, a partir de la medianoche del 31 de agosto, se producirá un cese total de las operaciones militares. Todas nuestras unidades han recibido instrucciones a tal respecto.

En esta encrucijada, la jefatura del IRA saluda y felicita a nuestros voluntarios, activistas, partidarios y a los prisioneros políticos, que han apoyado la lucha contra viento y marea durante los últimos 25 años. Vuestra valentía, determinación y sacrificio han demostrado que la libertad y el deseo de paz, basados en un acuerdo justo y duradero, no pueden ser aplastados. Recordamos a todos aquellos que murieron por la libertad de Irlanda, y reiteramos nuestro compromiso con nuestros objetivos republicanos. Nuestra lucha ha conocido muchas conquistas y avances gracias a los nacionalistas y a la firmeza democrática.

Creemos que se ha creado la oportunidad de lograr un acuerdo justo y duradero. Por lo tanto, nos adentramos en una nueva situación con un espíritu de determinación y confianza, decididos a que las injusticias culpables de este conflicto sean erradicadas, y confiados en que la fuerza y la justicia de nuestra lucha alcanzarán este objetivo.

Dos años después (28 de agosto de 1996)

Iban cinco en el coche, y entre todos habían matado a más de una docena de hombres. El que estaba sentado en el asiento del pasajero delantero era Joe McFee, el mayor del grupo y el más experimentado. Había matado a dos soldados británicos, tres policías y un traficante de drogas, y había dormido como un bebé después de cada asesinato. Tenía un rostro bondadoso y mejillas rubicundas, y la única señal de tensión era su tendencia a hacer crujir los nudillos.

Las nubes habían estado amenazando con lluvia mientras los hombres atravesaban Belfast Este, y ahora las primeras gotas cayeron sobre el parabrisas. Willie McEvoy accionó los limpiaparabrisas, que barrieron el cristal, dejando franjas grasientas en él. El reloj digital del salpicadero le informó de que faltaban muy pocos minutos para las ocho, y había escaso tráfico en la calle. Habían elegido la hora con sumo cuidado. Lo bastante tarde para evitar la hora punta, y lo bastante pronto para que cinco hombres a bordo de un coche no atrajeran una atención que no deseaban.

—Un tiempo estupendo para los patos —masculló.

Gerry Lynn comprobó el funcionamiento de su semiautomática. Él había ideado la operación. Había investigado el objetivo y planeado el golpe, y había solicitado permiso al Consejo Militar. Se lo habían concedido sin la menor vacilación. El objetivo era una espina clavada desde hacía mucho tiempo en el costado del IRA, y sería un placer deshacerse de él. Lynn estaba sentado en el asiento trasero. Como líder del grupo, tenía derecho a ir delante, pero había querido demostrar respeto a McFee, quien había sido su mentor durante más de una década. McFee le ha-

bía visto arrojando piedras y cócteles molotov contra los Land Rovers del ejército británico, y después le llevó aparte y le dijo que existían métodos más productivos de atacar al poder ocupante. Había enseñado a Lynn a matar, y Lynn había sido un alumno aplicado.

Sentado detrás de McFee iba Adrian Dunne. Tenía treinta y pocos años, todo músculos. De día trabajaba de camionero y repartía barriles de cerveza por toda la ciudad, mientras que casi todas las noches iba al gimnasio y levantaba pesas. Dunne había sido la primera elección de Lynn para la operación. Habían trabajado juntos varias veces y nunca habían surgido problemas. Dunne sacó la pistola de la funda que llevaba bajo la axila izquierda, expulsó el cargador y volvió a colocarlo en su sitio.

—Casi hemos llegado, muchachos —dijo McEvoy.

La lluvia había arreciado, de modo que aceleró el ritmo de los limpiaparabrisas. Era una buena señal, pensó Lynn. Disminuiría la visibilidad y mantendría a la gente alejada de las calles. Sacó un pasamontañas de lana negra del bolsillo y se cubrió la cara con él. Dunne hizo lo mismo.

Sentado entre Lynn y Dunne iba Noel Kinsella, el más joven del grupo, apenas un adolescente. Tenía el aspecto de un Pierce Brosnan joven, con pelo negro como el azabache y mandíbula enérgica. Respiraba con dificultad, y sus ojos paseaban entre McFee y Lynn.

—¿Estás bien, Noel? —preguntó Lynn.

—De puta madre —contestó el chico.

—Lo lleva en la sangre —dijo McFee—. Su padre se sentirá orgulloso de él.

El padre de Kinsella estaba en la cárcel de Maze, condenado a cadena perpetua por el asesinato de dos activistas de la Asociación en Defensa del Ulster.

—Ponte la máscara, muchacho —dijo Lynn—, y comprueba tu arma.

Kinsella obedeció. McEvoy detuvo el Saab con suavidad en la cuneta. Se encontraban en Casaeldona Park, un barrio de jardines

bien cuidados y turismos de gama media aparcados en los caminos de entrada. Lynn había dedicado semanas a vigilar la casa semia-dosada, y sabía que su propietario no salía de noche después de llegar a casa. El objetivo era cauteloso. Siempre aparcaba el coche en el garaje y utilizaba la puerta interior para entrar en casa. La sala de estar se encontraba en la parte delantera, así como el dormitorio del primer piso donde su mujer y él dormían. Su hijo pequeño dormía en la parte posterior de la casa, en una habitación que daba al amplio jardín. Una pareja anciana vivía en la casa de al lado. El marido estaba casi sordo y la mujer se desplazaba en silla de ruedas. En la casa de la derecha, los propietarios, de mediana edad, acababan de marcharse para pasar dos semanas de vacaciones en España. Nadie se interpondría entre los hombres y sus intenciones.

Lynn respiró hondo. Su corazón martilleaba en el pecho, pero de impaciencia, no de miedo o angustia. McFee se puso su pasamontañas, y después se masajeó las manos enguantadas. Miró expectante a Lynn.

—Vamos a ello —dijo Lynn—. Y recordad que Carter es un gran hijo de puta. No le dejéis margen de maniobra.

McFee bajó y se dirigió hacia la parte posterior del coche. McEvoy oprimió el botón que abría el maletero y pisó el acelerador.

—Tranquilo, Willie —le reconvino Lynn—. No estás en una carrera de fórmula uno.

McFee introdujo la mano en el maletero y sacó un mazo

—Vamos allá —ordenó Lynn—. Vamos a cargarnos a ese hijo de puta.

Abrió la puerta del pasajero y bajó del Saab. Kinsella le siguió con la pistola pegada a la pierna. Dunne salió por el otro lado, mientras McFee bajaba por el sendero, acunando el mazo. Lynn y Kinsella le siguieron a toda prisa.

Lynn miró hacia atrás y vio que Dunne se encaminaba a la puerta principal. Había una estrecha franja de hierba entre el garaje y la valla, y McFee la siguió. Lynn indicó a Kinsella con un

gesto que siguiera a McFee. El chico tenía los ojos abiertos de par en par y jadeaba. Lynn le dio un apretón en el hombro.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo. Kinsella corrió detrás de McFee. Lynn le siguió.

En la parte posterior del garaje, la gran ventana de la cocina dominaba un pequeño patio pavimentado, pero las luces de dentro estaban apagadas. Una luz de seguridad sensible a los movimientos estaba montada en lo alto de la pared, pero McFee se detuvo antes de cruzar su campo de acción. Kinsella y Lynn se reunieron con él. Se acuclillaron en silencio. Lynn consultó su reloj y contó los segundos. Al otro lado de la ciudad, un hombre estaría a punto de hacer una llamada desde una cabina. Esperaron.

Se pusieron rígidos cuando oyeron el teléfono sonar dentro de la casa, y después alguien contestó. Dunne tocó el timbre. Emitió un zumbido. Lo volvió a tocar. Oyeron que Carter gritaba: «Ve a abrir la puerta, cariño, por favor», y Lynn hizo una seña a McFee. Atravesó a toda prisa el patio en dirección a la cocina. La luz halógena se encendió.

Oyeron a Carter hablar por teléfono, preguntar quién llamaba.

McFee levantó la maza y la descargó. La madera que rodeaba la cerradura se astilló. Se apartó a un lado y entonces Lynn abrió la puerta de la cocina de una patada, y después entró corriendo con el brazo de la pistola extendido. Cuando llegó a la puerta que conducía al pasillo, vio a Carter de pie con el teléfono aplicado al oído y una expresión de sorpresa en la cara. Le apuntó con el arma al pecho.

—Cuelga el teléfono y pon las manos detrás de la cabeza.

Carter colgó.

Su mujer estaba parada junto a la puerta principal. Era cinco años más joven que su marido. Su largo pelo rojizo le enmarcaba la cara pecosa. Llevaba una bata de seda verde claro con un dragón en la espalda.

—¡Abre la puerta ya! —le gritó Lynn.

Ella extendió poco a poco una mano temblorosa hacia la cerradura.

—¡Hazlo! —ordenó Lynn, al tiempo que la apuntaba con la pistola.

La mujer giró el pomo y la puerta se abrió de golpe. Dunne la empujó hacia el pasillo, cerró la puerta de una patada y apoyó el cañón del arma debajo de su barbilla.

—No te muevas —le advirtió.

Kinsella se reunió con Lynn y apuntó su pistola al rostro de Carter.

—¡Las manos detrás de la cabeza! —gritó.

Carter obedeció.

Un niño con pijama salió de la sala de estar sosteniendo un osito de peluche de una pata.

—¿Mamá? —dijo. Se quedó boquiabierto cuando vio a los hombres enmascarados—. ¡Mamá! —gritó.

La mujer avanzó hacia él, pero Dunne la agarró del pelo.

—Quédate donde estás —la conminó.

—Deja que coja al chico —dijo Lynn—. Carter, ve a la cocina.

Dunne soltó el pelo de la mujer y ella corrió hacia su hijo, le alzó y abrazó.

—No pasa nada, Timmy. No pasa nada.

—No te preocupes, Timmy —dijo Carter.

—A la cocina, ya —ordenó Lynn, al tiempo que blandía su arma.

Carter retrocedió hacia la cocina y McFree cerró la puerta. Se paró delante de ella con el mazo en las manos.

—¡Largaos, hijos de puta! —chilló la esposa de Carter—. ¡Salid de mi casa!

El niño se puso a llorar.

—Estás poniendo nervioso al chico —observó Dunne, y la empujó de nuevo contra la pared.

—¡No me toques!

—Mantén la boca cerrada, o te la cerraré yo —replicó Dunne, al tiempo que levantaba su arma.

—Cálmate, Elaine —intervino Carter—. No les llesves la contraria.

—Haz lo que dice tu hombre. —Lynn continuaba apuntando al pecho de Carter con su pistola. Éste tenía las manos alzadas, pero sus ojos iban de un lado a otro en busca de algo, cualquier cosa que pudiera utilizar como arma—. Ni se te ocurra. Intenta algo, y tu mujer y tu hijo sufrirán las consecuencias.

—Escoria de mierda —replicó Carter.

—Le dijo la sartén al cazo, ¿no? —contestó Lynn.

—Robbie, díles que se vayan, por favor —suplicó Elaine.

—Te lo he advertido —dijo Dunne. Levantó la mano para golpearla, y la mujer se encogió—. Una palabra más...

—Date la vuelta, Carter —ordenó Lynn blandiendo la pistola—. Tumbate en el suelo.

—Delante de mi mujer y mi hijo no, tíos —imploró Carter—. Por el amor de Dios, tened piedad.

—Date la vuelta —repitió Lynn.

Carter obedeció. Lynn apuntó su arma a la parte posterior de la pierna izquierda de Carter y apretó el gatillo. La rótula quedó destrozada y la sangre salpicó el suelo de la cocina.

—¡No! —gritó la esposa de Carter. Sepultó la cara del niño en su cuello antes de que se pusiera a chillar—. ¡Hijos de puta! —bramó. El osito de peluche se desprendió de las manos del pequeño y cayó al suelo.

La pierna izquierda de Carter cedió y el hombre agarró el respaldo de una silla en un intento de conservar el equilibrio.

—He dicho que te tumbes en el suelo —dijo Lynn—. Haz lo que te he dicho, joder.

Elaine fulminó con la mirada a Lynn, con el labio superior curvado en una mueca despectiva.

—Cuatro contra uno —dijo—. Ésa es vuestra forma de luchar, ¿verdad, cobardes?

La pistola tronó de nuevo y la rodilla derecha de Carter cedió, mientras la sangre empapaba la pernera del pantalón. Se inclinó hacia delante y cayó sobre el suelo embaldosado.

Su mujer volvió a chillar, un aullido animal surgido de lo más profundo de su ser. Lynn le apuntó la pistola a la cara.

—Cierra el pico o también acabaré contigo, puta.

—¡No, Elaine! —gritó Carter. Intentó levantarse, mientras la sangre resbalaba por sus piernas.

—¡Robbie! —exclamó la mujer.

—Tranquila —dijo Carter—. Deja que hagan lo que quieran. —Cayó de bruces, jadeante—. No le hagáis nada, tíos. Esto es algo entre vosotros y yo.

Dunne avanzó y apoyó la pistola contra su cabeza.

—Cierra tu puta boca —chilló.

—¡Dejadle en paz! —insistió su esposa—. Él no ha hecho nada.

—Elaine, por favor, no hables con ellos —suplicó Carter—. No les concedas esa satisfacción.

La sangre estaba formando un charco alrededor de sus rodillas destrozadas.

Dunne se irguió y miró a Lynn. Éste dio una palmada en el hombro de Kinsella.

—Adelante, muchacho.

El chico estaba temblando. Apuntó la pistola a la nuca de Carter. Respiraba con dificultad. La pistola osciló, y utilizó la mano izquierda para inmovilizarla.

—Adelante, joder —dijo Dunne.

—No puedo —replicó Kinsella.

—Has de hacerlo —susurró Lynn.

—Jesús lloró —terció Dunne—. Acaba de una vez.

—De acuerdo —dijo Kinsella con voz temblorosa. Su dedo se curvó sobre el gatillo.

—Respira hondo —aconsejó Lynn.

Kinsella inhaló. Sus piernas temblaban.

—Hazlo de una vez —ordenó.

El muchacho apretó el gatillo. La pistola saltó en su mano y la bala golpeó el suelo, junto al hombro de Carter, y después rebotó y se hundió en el armario que había debajo del fregadero. La mujer chilló.

—Otra vez. Dispara otra vez —dijo Lynn—. Venga, aprieta el puto gatillo.

Kinsella apuntó a la cabeza de Carter, pero su pecho palpitó y vomitó sobre las baldosas. Se apoyó tambaleante contra la nevera y volvió a vomitar. Cayó de rodillas mientras el vómito resbalaba por la pechera de su chaqueta.

—Jesús lloró —dijo Dunne. Avanzó hacia Carter y disparó. Su nuca explotó.

Lynn agarró a Kinsella por las solapas de la chaqueta y le obligó a ponerse en pie.

Dunne apuntó su pistola a la mujer de Carter. Estaba llorando contra el cuello de su hijo.

—Di algo a quien sea y volveremos para liquidarte a ti y al crío.

McFee se encaminó hacia la puerta principal, sujetando todavía el mazo. Lynn empujó a Kinsella hacia delante.

—Vamos —instó a Dunne, que estaba contemplando el cadáver de Carter.

—Acabemos también con esa zorra —propuso Dunne. Apuntó a la cara de la mujer, pero ésta ni se movió.

—Ya hemos hecho lo que vinimos a hacer —contestó Lynn.

—Nos ha llamado cobardes —protestó Dunne—. Yo no soy un puto cobarde.

—A palabras necias oídos sordos —dijo Lynn—. Has matado a su hombre. Ya has hecho bastante.

Los labios de Dunne se tensaron, pero siguió a McFee y Kinsella por el pasillo. El niño estaba llorando, mientras la mujer le masajeaba la nuca y acariciaba su oreja con la nariz.

Lynn devolvió la pistola a su funda. Un espeso y pegajoso halo de sangre se había formado alrededor de la cabeza de Carter. No sentía la menor compasión por el muerto, ningún remordimiento por lo que había hecho. Estaban en guerra, y Carter había sido el enemigo.

—Juro por Dios Todopoderoso que os encontraré —dijo la mujer con los dientes apretados—. Os encontraré y os mataré.

Lynn se volvió hacia ella. Le estaba mirando con feroz intensidad, el niño apretado contra su cuello. Las lágrimas rodaban

por su cara, y vio que una vena latía en su sien. Lynn abrió la boca para hablar, pero después salió a toda prisa de la cocina.

Salieron por la puerta principal y regresaron al coche.

—¿Cómo ha ido? —preguntó McEvoy, al tiempo que ponía en marcha el coche y se alejaba del bordillo.

—Como siempre —contestó Lynn—. Bang, bang, muerto. Salgamos cagando leches.

McEvoy pisó el acelerador y el Saab se puso en movimiento.

Lynn se quitó el pasamontañas mientras McEvoy bajaba la colina en dirección a la carretera de calzada doble que conducía a la seguridad de la zona de Republican Falls Road, en Belfast Oeste.

—Buen trabajo, chicos —dijo—. Me siento orgulloso de vosotros.

Kinsella tenía la cabeza gacha y se estaba secando la boca con el dorso de la mano.

—Lo siento —murmuró.

—No pasa nada, Noel. La primera vez siempre es difícil, digan lo que digan.

—La cagué, lo siento.

—Apretaste el gatillo, muchacho, y muchos ni siquiera son capaces de eso.

El chico estaba temblando y sepultó la cabeza entre las manos. McFee abrió la guantera y pasó una botella de Bushmills a Dunne.

—Dale un trago al chico —dijo.

Dunne desenroscó el tapón y palmeó el hombro de Kinsella.

—Toma, muchacho, esto te ayudará.

—Lo siento, Adrian. Te he decepcionado.

Dunne rodeó su espalda con un brazo.

—Como dice Gerry, la primera vez es la peor. Ya has recibido tu bautismo de sangre, eso es lo único que cuenta. La próxima vez será más fácil, créeme.

Kinsella asintió agradecido y agarró la botella de whisky. Dio un largo sorbo, y después tosió cuando el alcohol quemó su estómago.

—La próxima vez lo haré mejor, chicos, lo prometo —dijo.

—No me cabe duda —rió Lynn.

En la actualidad

La camarera dejó una pinta de John Smith's y una tónica con vodka delante de los dos hombres, a quienes dedicó una sonrisa profesional.

—¿Desean algo más, caballeros? —preguntó. Era australiana, de unos veinticinco años, con un reguero de pecas sobre su nariz respingona y pechos que tensaban su camiseta negra.

El más joven de los dos hombres levantó la cerveza y le guiñó un ojo.

—¿Tu número de teléfono?

Los ojos de la camarera se endurecieron, pero la sonrisa siguió en su sitio.

—Mi novio no me deja darlo —contestó.

El hombre de más edad rió y dio una palmada en la espalda al otro.

—Te ha pillado, Vince.

Vince Clarke tomó un largo sorbo de la pinta y miró ceñudo a su compañero de copas, mientras la camarera se alejaba.

—Lesbiana, probablemente —dijo. Clarke llevaba la cabeza rasurada, con unas Ray-Ban sobre el cráneo. Vestía un abrigo largo de cuero negro sobre un traje negro, y alrededor de su cuello de toro colgaba una gruesa cadena de oro.

—Sí, el novio te ha dado la pista. —Dave Hickey sorbió su tónica con vodka y lanzó una risita—. Nunca dejas de intentarlo, ¿eh?

Llevaba el pelo muy corto y, al igual que su compañero, exhibía unas gafas de sol caras sobre la cabeza. Un anillo con un soberano de oro adornaba su mano izquierda, y en la derecha brillaba un abultado anillo de sello.

—Hay que aprovechar todas las oportunidades —dijo Clarke—. Si insistes con frecuencia, la suerte te sonríe.

—¿Sí? ¿Con cuánta frecuencia te sonríe la suerte?

—Una vez de cada cinco —contestó Clarke. Se secó la boca con la manga.

—¿En serio?

—Más o menos. ¿Y tú? No estás casado, ¿verdad?

—¿Quién me aguantaría?

—¿Alguna novia?

—Nadie especial. —El hombre consultó su reloj, un Breitling de oro con varias esferas—. ¿Dónde está?

—Llegará cuando llegue —dijo Clarke.

—¿Desde cuándo trabajas con él?

—El tiempo suficiente para saber que llegará cuando llegue —replicó Clarke. Vació el vaso e indicó a la camarera con un ademán que volviera a llenarlo—. Bebes despacio, ¿verdad, Dave?

—Estoy bebiendo un licor fuerte —explicó Hickey—. Si siguiera tu ritmo, me caería de espaldas y no serviría para nada.

—Vale, tíos —dijo una voz detrás de ellos.

Los dos hombres se volvieron en sus taburetes y vieron a un hombre de espalda ancha de unos treinta y pico años. Tenía la cara larga, nariz ganchuda y pelo que empezaba a clarear delante, pero largo detrás y ceñido con una coleta. Peter Paxton vestía una chaqueta de cuero gris, polo negro y tejanos azules.

—¿Preparados?

—¿Adónde vamos, jefe? —preguntó Hickey.

—No hace falta que lo sepas, Dave —dijo Paxton. Indicó la puerta—. Vamos, el motor está en marcha.

—¿Y esto? —preguntó la camarera, levantando la pinta de Clarke.

—Devuélvela al surtidor, cariño —respondió Paxton.

Hickey y Clarke bajaron de sus taburetes y siguieron a Paxton hasta la calle. Clarke tiró a la camarera un billete de veinte libras y le guiñó el ojo.

—Luego nos vemos, cielo —dijo.

Un Jaguar estaba esperando en el bordillo. Paxton subió al asiento de delante, mientras Hickey y Clarke se montaban detrás. Paxton hizo una señal con la cabeza al conductor, un hombretón con nariz de boxeador.

—Despacito, Eddie —dijo.

Eddie Jarvis rezongó y el Jaguar avanzó. Paxton le decía «Despacito, Eddie» al menos una docena de veces al día, y lo había hecho cada día durante los dos años que Jarvis llevaba trabajando para él. Por lo visto, lo consideraba tan divertido ahora como la primera vez que lo había dicho.

—¿De qué va el rollo, jefe? —preguntó Hickey.

Paxton se volvió en su asiento.

—¿Estás escribiendo un libro, Dave?

—No me gusta ir a oscuras, eso es todo.

—Vamos a ver si una inversión mía está rindiendo dividendos. ¿Por qué? No llegarás tarde a una cita, ¿verdad?

—No tengo prisa —dijo Hickey, mientras se acomodaba en el asiento de cuero.

—Me alegro —contestó Paxton.

Atravesaron la ciudad, y al cabo de media hora Hickey vio el letrero de Stratford, la sede de los Juegos Olímpicos de 2012. Había grúas por todas partes, y camiones llenos de material de construcción atestaban las carreteras. Se estaban invirtiendo miles de millones de libras en la zona para preparar el acontecimiento deportivo. Nuevos edificios se estaban erigiendo, casas ya existentes se remozaban y abrían restaurantes.

—Todos tendríais que comprar casas aquí —dijo Paxton—. Los precios se están poniendo por las nubes. Compré seis pisos en cuanto anunciaron que los Juegos Olímpicos se iban a celebrar aquí.

—¿De dónde voy a sacar tanto dinero? —preguntó Clarke.

—Deja de apostar a los caballos, para empezar —replicó Paxton—. Jugar es una estupidez.

—Gano más que pierdo.

—Eso dicen todos. La única gente que gana dinero con el

juego son los corredores de apuestas. Invierte tu dinero en propiedades. —Señaló un semáforo—. Gira a la izquierda, Eddie, y después frena, ¿vale? —Eddie efectuó el giro, aparcó el Jaguar a un lado de la calle y apagó el motor—. Bien, tíos, oído al parche. Los tipos a los que vamos a ver son argelinos, dos hermanos, Ben y Ali. Son fundamentales para la entrada de heroína en Londres. El problema es que la entrega de la que iban a encargarse no ha llegado, y quiero saber por qué.

—¿Qué son, jefe? ¿Mafia argelina? —preguntó Clarke.

—Trabajan en la estación del Eurostar de Temple Mills, en la periferia del parque olímpico.

—¿Entran heroína a bordo del Eurostar? —preguntó Hickey.

—Son encargados de la limpieza —explicó Paxton—, y parte de su trabajo consiste en vaciar los depósitos de almacenamiento temporal de los retretes. Tienen familia en la terminal francesa, donde la seguridad es poco estricta. Sus parientes de Francia meten el material en los depósitos, y se supone que Ben y Ali lo sacan en Temple Mills. Pero de momento no han hecho lo que deberían hacer.

—¿Quieres que nos pongamos duros con ellos? —preguntó Hickey.

—Lo has pillado, Einstein —replicó Paxton—. Tuve controlado el Polo Norte durante años, de modo que quiero asegurarme de que nadie me la está jugando en Temple Mills.

—Pensaba que era Papá Noel quien tenía controlado el Polo Norte —comentó Hickey.

Paxton le fulminó con la mirada.

—El Polo Norte es la antigua estación del Eurostar, cerca de Paddington. Entrábamos docenas de kilos al mes, y después decidieron trasladarla a Stratford. Mis chicos del Polo Norte no fueron trasladados a la nueva estación, pero me presentaron a Ben y Ali. Tenemos entre manos problemas de dentadura, y nosotros somos los dentistas.

Paxton bajó del Jaguar y se encaminó al maletero. Eddie lo

abrió. Paxton apartó a un lado una chaqueta de piel de borrego raída y dejó al descubierto una bolsa de nailon. Abrió la cremallera, miró hacia atrás para comprobar que nadie estuviera mirando, y sacó una escopeta recortada. La entregó a Clarke, quien la escondió debajo de la chaqueta.

—¿Están armados? —preguntó Hickey.

—Hoy estás espabilado, ¿eh? —gruñó Paxton. Sacó un revólver de la bolsa y se lo dio—. Ningún problema, ¿verdad?

Hickey echó un vistazo al cañón del arma y examinó el tambor. Estaba cargado por completo.

—Ningún problema, jefe. Es que me siento más cómodo con automáticas.

—Las automáticas se encasquillan y escupen casquillos por todas partes —rezongó despectivo Paxton. Cerró la cremallera de la bolsa y el maletero.

Hickey guardó el arma en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Tú no vas armado, jefe?

—Es absurdo tener dos perros y que yo tenga que ladrar, ¿no? —respondió Paxton—. Bien, seguidme. Yo hablaré, vosotros pondréis cara de malos, y sólo sacaréis los hierros si lo digo yo.

Empezó a andar por la acera. Hickey y Clarke le siguieron.

Los argelinos vivían en una hilera de casas adosadas, varias de las cuales exhibían carteles de «Se vende» en la puerta delantera. Estaba anocheciendo y las farolas de la calle se encendieron mientras caminaban. Tres chicos asiáticos de pelo engominado y pendientes se dirigieron hacia ellos, pero bajaron a la calzada para pasar.

—Malditos terroristas —masculló Paxton—. Deberían enviarlos a todos a Pakilandia.

—Es probable que hayan nacido aquí, jefe —indicó Clarke.

—De acuerdo, bien, el que un perro nazca en un establo no lo convierte en caballo —replicó Paxton. Movió la cabeza en dirección a la puerta a la que se estaban acercando. La pintura negra se estaba desconchando y la madera de la parte inferior estaba podrida. Los marcos de las ventanas también se encontraban en mal

estado, y uno de los cristales del piso de arriba estaba roto y el hueco tapado con una hoja de aglomerado—. Es aquí —dijo. Tocó el timbre y mantuvo el dedo enguantado apoyado hasta que la puerta se abrió. Vislumbraron a un hombre de veintipocos años con perilla, y después la puerta empezó a cerrarse. Paxton la abrió por la fuerza y el hombre de dentro blasfemó—. ¿Me quieres cerrar la puerta en las narices, hijo de puta? —chilló. Utilizó ambas manos para abrirla de par en par, y después Clarke y Hickey le siguieron hasta el vestíbulo. El argelino quiso huir a la cocina, pero Paxton le agarró del pescuezo—. ¿Adónde coño crees que vas, Ben?

Arrojó al hombre contra la pared.

Hickey cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella.

—¿Dónde están mis putas drogas, Ben? —preguntó Paxton. Sujetó al hombre por el cuello.

—¡Déjale en paz! —gritó una voz desde arriba.

Un segundo argelino había aparecido en lo alto de la escalera, un hombretón de antebrazos que abultaban en su sudadera. Llevaba una gruesa cadena de oro alrededor del cuello y un reloj voluminoso.

Paxton conservó los dedos engarfiados alrededor de la garganta de Ben.

—Baja cagando leches, Ali, y entrégame mis drogas, o le romperé el cuello a este pedazo de mierda.

—No tenemos tus drogas —dijo Ali—. No llegaron.

—Vaya, pues a mí me han contado algo diferente —replicó Paxton. Apartó a Ben de la pared, y después le empujó en dirección a la cocina—. Así que baja y solucionemos el asunto. —Los pies de Ben se arrastraron sobre la alfombra raída, porque Paxton no le permitía conservar el equilibrio. Intentó hablar, pero sólo pudo gruñir pues Paxton le atenazaba el cuello mientras le obligaba a entrar en la cocina—. Registrad el resto de la casa, muchachos. Aseguraos de que no haya sorpresas.

—A la orden, jefe —dijo Clarke. Mantuvo la recortada apoyada contra su costado mientras abría la puerta de la sala de estar.

Hickey miró a Ali.

—Será mejor que obedezcas y bajas —dijo. El argelino le fulminó con la mirada—. No me obligues a subir a buscarte —advirtió Hickey.

Cuando Clarke entró en la sala de estar, un tercer argelino surgió detrás de la puerta y le apuñaló con una navaja de muelle. Clarke chilló y volvió dando tumbos al pasillo, aferrándose el brazo izquierdo. La escopeta cayó al suelo.

—Me ha apuñalado —dijo incrédulo—. Este hijo de puta me ha apuñalado.

Hickey corrió por el pasillo. El argelino de la navaja se agachó y cogió la escopeta con la mano libre. Hickey le propinó una patada en el pecho y el hombre aulló cuando cayó hacia atrás agitando los brazos.

Clarke se desplomó contra la pared con el rostro ceniciento.

—Me ha apuñalado —susurró, con la mano apretada sobre la herida—. Noto la sangre —lloriqueó—. La noto resbalando por mi brazo.

El argelino de la sala de estar se puso en pie y se acuclilló, mientras blandía la navaja de un lado a otro. Hickey oyó que Ali bajaba corriendo la escalera a su espalda.

—¿Qué coño está pasando? —gritó Paxton.

El argelino de la navaja se lanzó contra Hickey, que retrocedió con las manos en alto. Ali llegó al pie de la escalera y cargó. Hickey intentó sacar el revólver del bolsillo, pero Ali se abalanzó contra él con el hombro por delante. Hickey tropezó con las piernas de Clarke y rebotó contra la pared, mientras intentaba recuperar el equilibrio.

Ali levantó la escopeta. Hickey se abalanzó hacia él y aplastó su mano encima del percutor del arma. Él argelino intentó introducir el dedo índice en el guardamonte, pero Hickey giró el arma hacia abajo.

Una vez más, el argelino de la navaja atacó a Hickey, quien torció la escopeta para que Ali se interpusiera entre él y el hombre de la navaja. Ali intentó arrebatarse la escopeta, pero él aumentó

su presa alrededor del percutor. Mientras mantuviera la mano encima, el arma no podría dispararse.

Paxton soltó a Ben y corrió hacia la puerta de la cocina.

—¿Qué coño está pasando? —bramó.

Hickey empujó a Ali hacia el argelino de la navaja, y después liberó la escopeta.

Un crujido llamó la atención de Paxton, quien se volvió a tiempo de ver que Ben cogía un cuchillo de cortar pan de una tabla de madera. Antes de que pudiera reaccionar, el argelino lo apoyó contra su cuello. Paxton permaneció inmóvil, con la hoja dentada apretada contra su carne.

—No cometas ninguna estupidez, Ben —le espetó.

En el pasillo, Hickey apuntó la escopeta al estómago de Ali.

—Quédate donde estás o te abriré un agujero en las tripas.

Ali le miró con desdén.

—No me asustas.

—Entonces, eres tan estúpido como parece —dijo Hickey—. Pon las manos encima de la cabeza.

—Me estoy desangrando —lloriqueó Clarke en el suelo.

—Estás bien —gruñó Hickey, con los ojos clavados en los de Ali—. Si te hubiera alcanzado en una arteria, ya estarías muerto. Sigue presionando la herida y no te pasará nada.

—Para ti es fácil decirlo —protestó Clarke—. A ti no te han apuñalado.

—Las manos sobre la cabeza, Ali —ordenó Hickey.

Su dedo se cerró sobre el gatillo. Ali empezó a levantar las manos, pero cuando llegaron a la altura del hombro, el otro argelino que tenía detrás le dio un empujón en la región lumbar y Ali se tambaleó hacia delante.

Sus ojos se abrieron de par en par horrorizados cuando Hickey alzó la escopeta. Abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada, Hickey dio un paso atrás, giró la escopeta y le golpeó en la cabeza con la culata. Ali se derrumbó en el suelo. Hickey volvió a girar la escopeta y apuntó el cañón de la escopeta a la ingle del argelino.

—Tira la navaja o te vuelo las pelotas. —La navaja cayó al suelo con un ruido metálico y el argelino levantó las manos—. Date la vuelta poco a poco.

El hombre obedeció. Cuando se volvió, Hickey le golpeó en la nuca con la escopeta e hizo que se desplomara sin emitir el menor sonido.

—Necesito una ambulancia —gimió Clarke.

—Si no dejas de lloriquear, yo mismo te mataré —dijo Hickey, mientras se encaminaba hacia la puerta de la cocina.

Ben había arrastrado a Paxton hasta el fregadero, con el cuchillo de cortar pan apretado contra su cuello.

—¿Por qué no te cargas a este puerco? —preguntó Paxton.

—Bien, en primer lugar, si aprieto el gatillo todos los vecinos van a empezar a marcar el novecientos noventa y nueve, y aparecerá ante la casa un vehículo de la policía antes de que puedas decir «cadena perpetua». Y en segundo, si disparo os haré fosfatina a los dos.

Hickey dejó la escopeta encima de la nevera y sacó el revólver del bolsillo.

—¡Quítame de encima a este puerco! —gritó Paxton.

—Ése es el plan —dijo Hickey. Sopesó el arma en la mano mientras miraba a Ben. El rostro del argelino estaba bañado en sudor, y una vena latía en su frente.

—Le mataré —dijo, pero su voz tembló.

—La cuestión es, Peter, que si le disparo y no muere al instante, te rebanará el pescuezo. —Hickey apuntó el arma a Ben—. Tira el cuchillo —ordenó.

—Aunque me dispaes, aún podré apuñalarle —dijo el argelino—. Le degollaré.

—¿En qué me afecta a mí, exactamente? —preguntó Hickey.

—¿Cómo?

—Piensa en lo que has dicho —repuso Hickey—. Yo te disparo y tú le apuñalas. ¿Dónde quedo yo?

Ben frunció el ceño.

—Yo te lo diré —continuó Hickey—. Me quedaré parado aquí, con una gran sonrisa en la cara, mientras tú te desangras hasta morir en el suelo. De modo que deja de hacer el capullo y tira el cuchillo.

—Le rajaré —repitió el argelino, pero con menos convicción.

—Eso ni me va ni me viene.

—Es tu jefe.

—Conseguiré otro —replicó Hickey—. Es fácil encontrar jefes.

—Hickey, estás empezando a cabrearme a base de bien —rezongó Paxton—. Dispárale en la pierna.

—Peter, lo mejor que puedes hacer ahora es mantener la boca cerrada. Si le disparo en la pierna, te rajará. Si disparo, tendré que tirar a matar, lo cual significa volarle la tapa de los sesos.

El argelino apretó el cuchillo con más fuerza contra el cuello de Paxton.

—Va a rajarme —dijo éste.

—No —contestó Hickey—. Es estúpido, pero no tanto.

Cruzó con parsimonia la cocina, con los ojos clavados en los de Ben.

El argelino había retrocedido hasta el fregadero, de modo que ya no podía ir a ningún sitio más.

—¡Aléjate! —gritó.

—Cálmate, Ben —dijo Hickey—. Sólo quiero hablar.

—¡Deja de moverte!

Hickey alzó el arma y apuntó el cañón a la cara del hombre.

—Sólo estoy hablando, Ben. Dándole a la sinhuoso.

—Si vas a dispararle, dispárale —dijo Paxton.

Hickey no le hizo caso. Continuó sosteniendo la mirada de Ben, mientras atravesaba poco a poco la cocina.

—Escúchame, Ben. Escúchame con atención. Podemos poner fin a esto sin que nadie salga perjudicado. Vince necesitará un par de puntos, pero se pondrá bien. Tus dos amigos despertarán con dolor de cabeza, pero nada más. Pero si rajas a mi jefe, todo cambia.

—Quiero que salgáis de la casa ya.

—Me parece bien —repuso Hickey—. Eso es justo lo que quiero. —Dio dos pasos hacia él y apoyó el cañón del arma contra su frente. Ben intentó apartar la cabeza, pero Hickey mantuvo el revólver apoyado—. Cálmate, amigo —dijo en voz baja—. Relájate y escúchame.

—Joder, ¿a qué estás jugando? —susurró Paxton.

—Existen tres formas de dirimir esto, Ben —dijo Hickey—. Puedo apretar el gatillo, volarte los sesos sobre el fregadero, y todos viviremos felices para siempre después. Salvo tú, por supuesto, porque estarás muerto. O puedes degollar a mi jefe con esa navaja, hacer que se desangre y que yo apriete el gatillo y te vuele los sesos sobre el fregadero.

—Hickey... —advirtió Paxton.

—Pero hay una tercera posibilidad, Ben. Tiras la navaja, yo retrocedo un paso y hacemos lo que hemos venido a hacer, o sea, charlar.

—Habéis venido armados —dijo el argelino.

—Tu colega nos atacó con un cuchillo —dijo Hickey—. Apuñaló a Vince. Sólo hemos venido a hablar.

—Habéis venido armados —repitió Ben, y apretó el cuchillo con más fuerza contra la garganta de Paxton.

—De no haberlo hecho, ahora estaríamos todos tirados en el pasillo y desangrándonos —replicó Hickey—. Tira el cuchillo. No quiero hacer nada melodramático como contar hasta tres, pero créeme, amigo, te meteré una bala en la jeta.

El sudor resbalaba sobre el rostro de Ben, y se humedeció los labios.

—¿Y si le suelto y me disparas?

—¿Por qué? —dijo Hickey—. No tengo nada contra ti. Mi jefe todavía quiere hablar de su cargamento de drogas. Así que suelta el cuchillo y todos nos iremos a casa.

Ben respiraba suavemente, y su pecho subía y bajaba mientras repasaba sus posibilidades. Hickey esperaba, sin que su vista se apartara un momento del rostro del argelino. Por fin, el hombre

apartó el cuchillo de la garganta de Paxton. Lo dejó caer sobre la encimera. Paxton se alejó trastabillando y blasfemando.

Hickey golpeó con el revólver la cabeza de Ben y sonrió cuando se desplomó.

—Gilipollas —dijo.

Charlotte Button bajó su taza de té.

—¿Le golpeaste? —preguntó—. ¿Hizo lo que tú querías, y encima le golpeaste?

Dan Shepherd se encogió de hombros.

—Soy David Hickey, gorila reciclado en matón. Me dedico a eso. Si no le hubiera golpeado, habría traicionado a mi personaje.

Button suspiró.

—Spider, hasta un agente secreto de la SOCA ha de seguir algunas normas. No puedes ir por ahí pegando a la gente de cualquier manera.

Shepherd sonrió.

—¿De cualquier manera?

—Ya sabes a qué me refiero. Soy tu jefa, ¿te acuerdas? En teoría, debo velar para que te ciñas, o al menos lo intentes, al procedimiento aprobado.

—Sólo le di una hostia —dijo Shepherd—. Sé lo que hago.

Se reclinó en la silla y estiró los miembros. Estaban sentados en un despacho de la tercera planta, en Soho, uno de los muchos despachos que Button utilizaba para reunirse con los agentes secretos que trabajaban para la Agencia Antidelincuencia Grave Organizada. El sol primaveral entraba a raudales por las dos claraboyas. Una pared, a la izquierda de la puerta, estaba cubierta por fotografías de vigilancia de Peter Paxton y su banda. Shepherd aparecía en varias, nunca lejos de Paxton.

—¿Qué pasó?

Shepherd se pasó una mano por su pelo cortado al cero. No le gustaba llevar el pelo tan corto, pero era parte del personaje de Hickey. También se alegraba de haberse librado de las joyas horteras.